

PASAJES DE DRÁCULA

Pasaje 1

Apareció un hombre alto, ya viejo, nítidamente afeitado, salvo por un largo bigote blanco, y vestido de negro de pies a cabeza, sin una sola mancha de color en ninguna parte. Llevaba en la mano una antigua lámpara de plata, cuya llama ardía sin chimenea ni globo de ningún tipo, proyectando largas y temblorosas sombras al parpadear en la corriente de aire de la puerta abierta. El anciano me hizo un ademán con su mano derecha, haciendo un gesto cortés, diciendo en un excelente inglés, pero con una extraña entonación¹:—

"¡Bienvenido a mi casa! Entre libremente por su propia voluntad". No hizo ningún movimiento para salir a mi encuentro, sino que se quedó parado como una estatua, como si su gesto de bienvenida lo hubiera fijado en piedra. Sin embargo, en el instante en que crucé el umbral², se movió impulsivamente hacia delante y, extendiendo su mano sujetó la mía con una fuerza que me hizo retroceder, un efecto que no se vio disminuido por el hecho de que parecía tan fría como el hielo; más como la mano de un muerto que de un hombre vivo.

Pasaje 2

Su rostro era fuerte —muy fuerte— aquilino³, con el puente de la nariz alto y delgado y las fosas nasales peculiarmente arqueadas; con la frente elevada y abovedada, y el cabello creciendo escasamente alrededor de las sienas⁴, pero profusamente en el resto de la cabeza. Sus cejas eran muy espesas, casi se juntaban sobre la nariz, y con un pelo tupido que parecía rizarse en su propia profusión⁵. La boca, por lo que pude ver bajo el espeso bigote, era fija y de aspecto bastante cruel, con unos dientes blancos especialmente afilados; éstos sobresalían por encima de los labios, cuya notable rubicundez⁶ mostraba una asombrosa vitalidad en un hombre de su edad. Por lo demás, sus orejas eran pálidas y extremadamente puntiagudas en su parte superior; la barbilla era ancha y fuerte, y las mejillas firmes y delgadas. El efecto general era de una palidez⁷ extraordinaria.

Entre tanto, había notado los dorsos de sus manos mientras descansaban sobre sus rodillas a la luz del fuego, y me habían parecido bastante blancas y finas; pero viéndolas más de cerca, no

¹ Entonación: El ascenso y la caída de la voz al hablar.

² Umbral: Parte inferior de una Puerta; entrada

³ Aquilino: Con rasgos de águila

⁴ Sienes: Parte lateral de la cabeza

⁵ Profusión: Una abundancia o gran cantidad de algo

⁶ Rubicundez: Un color rojizo

⁷ Palidez: Deficiencia de color

pude evitar notar que eran bastante toscas, anchas y con dedos rechonchos. Por extraño que parezca, había pelos en el centro de la palma. Las uñas eran largas y finas, cortadas en punta. Cuando el conde se inclinó hacia mí y sus manos me tocaron, no pude reprimir un escalofrío. Pudo haber sido su aliento, que era fétido, pero lo cierto es que una terrible sensación de náusea se apoderó de mí, la cual, a pesar del esfuerzo que hice, no pude reprimir. El conde, al darse cuenta, se retiró y con una sonrisa un poco sombría, —que mostró más de sus dientes protuberantes⁸— se sentó otra vez en su propio lado frente a la chimenea.

Pasaje 3

Dormí sólo unas cuantas horas al irme a la cama, y sintiendo que no podía dormir más, me levanté. Había colgado mi espejo de afeitarse en la ventana y apenas estaba comenzando a afeitarme. De repente sentí una mano sobre mi hombro y escuché la voz del conde diciéndome: "Buenos días". Me sobresalté, pues me maravilló que no lo hubiera visto, ya que la imagen del espejo cubría la totalidad del cuarto detrás de mí. Debido al sobresalto me corté ligeramente, pero de momento no lo noté. Habiendo contestado al saludo del conde, me volví al espejo para ver cómo me había equivocado. Esta vez no podía haber ningún error, pues el hombre estaba cerca de mí y yo podía verlo por sobre mi hombro ¡pero no había ninguna imagen de él en el espejo! Todo el cuarto detrás de mí estaba reflejado, pero no había en él señal de ningún hombre, a excepción de mí mismo. Esto era sorprendente y sumado a la gran cantidad de cosas raras que ya habían sucedido, comenzó a incrementar ese difuso sentimiento de inquietud que siempre tengo cuando el conde está cerca. Pero en ese instante vi que la herida había sangrado un poco y que la sangre chorreaba por mi barbilla. Dejé la navaja de afeitarse, y al hacerlo me di media vuelta buscando un esparadrapo⁹. Cuando el conde vio mi cara, sus ojos relumbraron con una clase de furia demoníaca y repentinamente se lanzó sobre mi garganta. Me retrocedí y su mano tocó la cadena del rosario que sostenía el crucifijo. El cambio fue instantáneo en él, pues la furia le pasó tan rápidamente que apenas podía yo creer que hubiera existido.

Fuente:

Stoker, B., & Kaye, M. (1996). Drácula. Sterling Publishing Co.

⁸ Protuberante: Que sobresale de una superficie

⁹ Esparadrapo: cinta que sirve para sujetar vendajes